

Varios son los méritos del libro (un libro eminentemente filosófico, hay que decirlo) de Debray, entre los cuales cabe destacar los siguientes: las interesantes reflexiones sobre la ideología que nuestro autor considera como una realidad (sin comillas) dotada de fuerza material, autónoma, legitimadora, eficaz, necesaria para la existencia de agregados humanos, etc.; las consideraciones sobre el «socialismo real» (que transforma su ideología, de marcado carácter religioso, en una peligrosa irreligión dogmática de dominación); la constatación de la existencia de auténticas «teodiceas sociales» encarnadas en las más variadas formas de sacrosantos Mediadores (faraones, presidentes, secretarios generales, etc.) que se encargan de relacionar la religión con la realidad terrenal; las consideraciones sobre la efectiva diferencia que hay entre las relaciones de dominación (políticas, religiosas, ideológicas, etc.) y las relaciones de explotación (de carácter económico); la sugerente posibilidad de encontrar una teoría política marxista (algo que se ha buscado con insistencia) en la crítica de la religión que Marx lleva a cabo en la *Cuestión Judía*; la virtualidad de una crítica de la razón política como instrumento para «cortar el impulso», «frustrar el deseo» y dar «razones del desear» de las falsas razones del esperar que prometen las religiones o ideologías políticas (que vienen a ser una y la misma cosa).

Sin embargo, son también varios los puntos problemáticos del trabajo de Debray, entre los que cabe citar: la sustitución de la mítica «última instancia» marxista por el concepto, no menos mítico, de «inconsciente político» (que, por lo demás, actúa

también en «última instancia»); el peligro que corre su teoría de la incompletud y del cierre/apertura de transformarse en una metafísica (y no de las mejores); la más que discutible existencia de «invariantes» y de «leyes de la gravedad política» que condenan al hombre al papel de vasallo y hacen irrealizable la emancipación; la creencia en la imposibilidad lógica de la eliminación de lo arbitrario en un conjunto social estructurado y, en fin, la concepción de la política (o lo político) como un círculo cerrado y vicioso en el que sólo es posible la eterna repetición. Que el que fuera considerado como paradigma del intelectual revolucionario llegue a tales cotas de pesimismo es todo un síntoma y da qué pensar. Quizá sea el signo de los tiempos difíciles que corren.

FRAGMENTACION DEL HEROE Y DEL LENGUAJE

A. Bodeguero Sánchez

Joao Ubaldo Ribeiro.

Sargento Getúlio.

Alfaguara.

Madrid, 1984.

Traducción de Mario Merlino.

Dos líneas se entrecruzan en esta novela de Joao Ubaldo Ribeiro: la del mundo inmediato del protagonista, Getúlio, mundo hecho de mezquindades y carencias, y la de su propia capacidad imagina-

tiva, que lo lleva a inventar una descendencia sin mujeres, o un ejército de superhéroes. Esas dos líneas coexisten en tensión y, a menudo, en franco desequilibrio, pues el Sargento Getúlio es signo de una fractura y, si se quiere, de una imposibilidad. Allí reside el fondo trágico de una historia que se nutre del vigor de la propia habla del personaje, un nordestino que conduce a un preso, en-cumplimiento-de-su-deber. La ironía trágica es la de un «mandado», al servicio de un cacique de turno, que no puede asimilar los dobles de la Gran Política. ¿Cuál podrá ser —se pregunta Ribeiro a través de su personaje— la reacción de alguien a quien sólo le cabe el heroísmo de cumplir la orden que le ha dado el jefe?

Sargento Getúlio se sitúa históricamente en el momento de las elecciones brasileñas de octubre de 1950, en las que se postulaban Cristiano Machado (del PSD, Partido Social Democrático), Getúlio Vargas (del PTB, Partido Trabalhista Brasileiro) y el brigadier Eduardo Gomes (de la UDN, Unión Democrática Nacional). Por razones de conveniencia y de alianzas electorales, Acrisio Antunes, del PSD, se vuelve atrás en su decisión de hacer detener al líder udenista de Ribeirópolis (en la novela, éste es el preso que conduce Getúlio). Pero, más allá de las circunstancias históricas que dan el contorno de la novela, lo que importa es destacar el camino de la disolución del propio personaje, que se rebela y muere (en realidad la obra es el avance desde/en su propia muerte) ante la quiebra de los valores que habían sostenido su condición de Héroe-Macho.

Lejos de lo estereotípico, Ribeiro no narra esa disolu-

ción como quien enjuicia y, por tanto, hace pura radiografía ideológica de un personaje. El sargento Getúlio es captado en fragmentos que lo muestran como capaz de una gran crueldad o de una ternura intensa, amante hasta la pérdida de sí mismo, pérdida parcial ya que su gran temor es que el amor lo atrape y deba quedarse «ahí», renunciando a su carácter de hombre que hace camino, que va de un lado a otro enfrentando riesgos, cumpliendo órdenes tan de dentro que, de no cumplirse, impedirían su realización individual.

Vida fragmentaria la de Getúlio, habitante del sertón brasileño. Lo fragmentario no sólo impregna su propia psicología de hombre dividido entre el deber y la violencia de un mundo que ya no se apoya en valores absolutos; lo fragmentario es también el acontecer de su propio recorrido, la referencia a animales y plantas del paisaje, y, en última instancia, el lenguaje que lo retrata. Ribeiro ha sabido representar, a través de la voz de Getúlio, que monologa y, a veces, dialoga con su chófer Amaro o con el preso (sin que le respondan), esa fragmentación que supone pegar saltos en lo que se dice, recortar y al-

terar la sintaxis, cometer errores de dicción (lo que es, sin duda, otra manera de hablar, sin valoración correctiva que valga). Ese constante monólogo de Getúlio tiene, además, el ritmo adecuado al traqueo del viaje, en el que las reflexiones sobre la muerte, la amistad, el amor y la propia condición se acompasan con los comentarios sobre el incordio de los mosquitos, la falta de gasolina, los escupitajos, las interjecciones para salir del paso y, por momentos, el delirio. Y junto con el delirio, hay un humor constante que tiene que ver con la frescura de un lenguaje que, paradójicamente, se elabora en el encuentro con la llaneza, una llaneza que no desdeña la riqueza imaginativa y lo metafórico: «En Laranjeira, el mundo es enrejado. Es una vida enrejada y recta y, de repente, cuando menos se piensa, acaba la calle y no queda nada, o entonces comienza la misma cosa, como en una rueda, las mismas rejas y unos paredones de casa comidos» (pág. 37).

La *reja* —el mundo de lo fragmentario— alude también a la propia cárcel de la vida de Getúlio, quien ya no podrá trascender en su ética del deber cumplido, sino en la

imaginación de quien crece o construye un futuro personal que es, valga la paradoja, la recuperación de sí mismo en el recurso, porque «no me gusta que el mundo cambie, me da una bronca, me quedo sin saber qué hacer» (página 100), y ser héroe, para Getúlio, es afirmar su propia asocialidad: «Mi mujer soy y mi hijo soy yo y yo soy yo» (pág. 45). La reja es, por fin, la imagen de un tiempo que sólo transcurre en el traslado o que, en el colmo del destino trágico, se queda quieto. Y Ribeiro ha sabido también captar las «revoluciones» de la conciencia del protagonista inmerso en un tiempo cristalizado y muerto, porque «quien está vivo está muerto, la verdad es esa» (pág. 143).

Por último, merece la pena destacar el rigor y el ritmo de la traducción de Mario Merlino, quien ha logrado «reescribir» el discurso de ese personaje del nordeste brasileño sin traicionar la atmósfera original, y permitiendo que la novela pueda leerse percibiendo la frescura de un lenguaje que es, también, reino de lo que se disuelve y fragmenta. En la traducción no se ha evitado la alteración ortográfica para dar una imagen lo más exacta posible de la «mala» dicción original del personaje.